

Del Bierzo al Nepal

José María Romera

NO está claro cuáles sean los mecanismos que intervienen en esa extraña relación del lector con el libro., en qué se fundamentan el gusto o el rechazo o cómo a veces obras, en apariencia insignificantes, acaban dejando huellas imborrables en quienes han tenido acceso a ellas. De poco sirven entonces las consideraciones de la crítica si no alcanzan a dar con la explicación de la evidencia, con la razón de aquello que llamamos una grata lectura, sin más.

Viene todo esto a cuento del libro de Antonio Pereira, Los brazos de la i griega, conjunto de relatos que publican las "periféricas" ediciones Noega de Gijón en su colección "Los libros de la caja oscura". Pereira no es un escritor joven -nació en 1923- ni nuevo en la plaza, según advierten las solapas: cuenta en su haber con cinco libros de poesías, tres novelas y varios libros de narrativa breve, aunque no figure en las nóminas oficiales de la crítica. Tal vez sea esa dilatada carrera literaria la que confiere a sus relatos de una dignidad inusual y los dota de ese incalificable encanto que emerge por encima de unas anécdotas poco novelescas, de unas historias casi cotidianas y de unas fórmulas narrativas escasa mentes originales. Pereira no pretende deslumbrar –cosa que se agradece, después de tanto fuego de artificio con que tratan de fascinaros nuestros narradores-, sino simplemente contar. El placer de contar, tan traído y llevado en estos tiempos, actúa de reclamo para un lector que experimenta una suerte de contagio al escuchar estas ficciones narradas a media voz, como requiriendo su complicidad. No es casual que Pereira prefiera el relato en primera persona -empleada en media docena de cuentos- o que en otros casos adopte el artificio del "relato dentro del relato" recurriendo a narradores intermedios ("La Resistencia", "El caso Tiroleone", "Las peras de Dios", "El Atestado").

Se advierte cierto propósito desmitificador, producto de la distancia irónica y del sano escepticismo que presiden sus historias, en buena parte de los textos. El aventurero que viaja por África, idealizado por la tradición literaria, es un pobre gañán

que acaba de gigolo ocasional de una francesa en "El ingeniero Démencour". En "Charly" se echa por tierra el modelo del niño dócil e inocente sustituyéndolo por un barbián resabiado y repipi. El heroico guerrillero rural de "La Resistencia" no alcanza a acometer mayores hazañas que tina huelga de brazos caídos en una procesión local. La solemnidad del profesor universitario queda ridiculizada en "El otro y yo" cuando el narrador escucha a través de un tabique los sonoros cuescos del ilustre catedrático. Una inconveniente singularidad anatómica frustra las ilusiones de un ciclista en ciernes en "El caso Tiroleone". Hasta el enigmático gurkha nepalí de "Los brazos de la i griega" se revela como reencarnación de un campesino montañés, al tiempo que el paisaje del Nepal y el de Piedrafita del Cebrero se ofrecen idénticos.

Como en una versión chusca de los principios del Brahma, y como el propio Pereira advierte en la "Nota con algunos nombres" que cierra el libro, los lugares son interminables. Poco importa que los sucedidos acaezcan e Brasil o África. El hombre, con sus miserias y sus grandezas- más aquellas que éstas, todo hay que decirlo-, es el mismo en todas partes. Especialmente significativo resulta "El pozo encerrado", donde un pozo de Caborcos de Mora y un sicómoro de Oceanía se hermanan en la identidad de los opuestos.

Experto en el oficio, Pereira maneja con inusitada soltura las claves de sus cuentos. Varía el modelo estructural de unos a otros juguetea con absoluta libertad con las alternancias de narración y diálogo, los puntos de vista y las personas verbales; se permite a veces guiños dirigidos al lector; entra y sale de su historia cuando le place y escribe, en fin, con la seguridad de quien disfruta y sabe hacer disfrutar. Situarlos en una tendencia o manera particular deformaría la auténtica condición de un escritor que emplea sus materiales a su antojo sin reparar en convenciones ni modas. Como deber ser.